

del Símbolo Apostólico. Una ventaja de que los Sacramentos precedan a los Mandamientos es que el niño, el cual por el Bautismo queda hecho hijo de Dios y miembro de la Iglesia y por la Confirmación soldado de Cristo, se ve más obligado a cumplir la Ley de Dios. Es un motivo que añadir a los contenidos en el Credo.

Causa extrañeza que la Gracia se estudie después de los Sacramentos y no antes. Lo explican porque así es más fácil de entender por el método inductivo. Por cada uno de los Sacramentos va formándose el niño una idea global de la Gracia que luego se precisa y completa más. Parece que este conocimiento había de constituir un requisito previo. Con todo, tengamos en cuenta para lo referente al orden y demás pormenores, grabados, etc.: 1.º Que el Catecismo (*Entwurf*) ha de recibir todavía algún retoque; y 2.º Que no es una primera iniciación, sino que presupone varios conocimientos adquiridos en los ciclos anteriores.

† DANIEL LLORENTE

HISTORIA DE LA EDUCACION

Se ha encomiado mucho la originalidad creadora. El hombre debiera añadir siempre algo nuevo a lo que él mismo es y a lo que son los demás. Ninguno de nuestros actos habría de ser como un eco pasivo. Nuestras acciones están enraizadas en lo que somos y condicionadas en buena medida por las situaciones concretas, pero siempre nos permiten cambiar algo en nosotros y fuera de nosotros. Y cambiar, si el hombre quiere, es enriquecer y enriquecerse. Dios nos ha hecho así.

El hombre no cambia tan solo porque avanza, siguiendo un camino, sino además porque va eligiendo el camino. Cada vez que elige, va modelando de modo imprevisible su propia fisonomía psicológica y moral; y con ello va dejando, en los demás hombres y en el mundo, alguna huella también imprevisible. Sin esa originalidad, el hombre no podría educarse ni tendría historia. Cabe decir que en lo profundo de nuestro ser hay algo que clama contra la rutina, y que ese «algo» es precisamente lo que da superioridad al hombre entre los seres del mundo.

La rutina es pasividad; una pasividad que deja arrastrarse, como

la voz que repercute en el eco. Lo que nos arrastra en la rutina es un pasado que ya no pervive en lo íntimo de nuestra libertad; al ceder a la rutina, nos parecemos demasiado a las piedras que van rodando hacia el fondo del valle. Dios no nos ha hecho así, ciertamente.

Luego, ¿la verdadera educación es antítesis de la historia? Afirmarlo equivaldría a negar la educación. Baste recordar qué tipo de perfeccionamiento se propugna en ciertos sectores de la filosofía de la existencia: El hombre ha de formar su propia «esencia», nos dicen; incorporando su libertad a los impulsos que a cada instante nacen en el interior de esa misma libertad. Tales actitudes significan, por debajo de las apariencias, abdicación de lo más valioso de la libertad: los mencionados impulsos no provienen, en realidad, de ella misma, sino de zonas inferiores. La actividad libre ha de ir comunicando a todos los aspectos de la vida el valor del espíritu, el cual no tiene su raíz en el surgir puntual del momento presente; Dios lo infundió en nosotros en el primer instante de nuestro ser, como una semilla que los actos libres han de ir desarrollando. Algo muy parecido podemos advertir, si del plano natural pasamos al de la gracia.

Lo que acaba de insinuarse respecto de la vida individual, aparece también, de modo análogo, en la de toda la especie humana. Dios se llegó a nosotros, nos hizo semejantes a El y nos unió consigo. Por eso, la vida de la humanidad ha de consistir, primordialmente, en extender aquella semejanza y unión y hacerlas penetrar en todo el ámbito de la actividad humana.

No es difícil darse cuenta de que la rutina y una «originalidad creadora» que sea libertad absoluta, guardan entre sí estrechísimo parentesco: son hijas de un mismo mal. Ampliando la perspectiva más allá del individuo, podemos decir, a ese respecto: La vida de la humanidad ha de fraguarse en el presente, con originalidad e iniciativa, pero desarrollando valores que arraigan en el pasado. El pasado es norma que nos exige tomar decisiones; norma que ha de concretarse y enriquecerse a través de nuestra libertad. Renunciar a la norma y renunciar a la iniciativa son, en su origen, una misma cosa: renunciar a lo que distingue al hombre de los seres infrahumanos.

Al hablar aquí de «normas», deben incluirse en ese concepto no solo principios, sino también hechos. Los principios se apoyan precisamente en realidades. El pasado es norma porque en él Dios y el

hombre, y la actividad de Dios y del hombre, son la realidad que ofrece base de apoyo y dinamismo eficaz a todos los valores del presente. De otro lado, el pretérito sólo tiene valor en la medida en que pervive; y en último término, sólo pervive, para nosotros, en la medida en que despierta, sostiene y ennoblece nuestra actividad libre.

El carácter normativo no se nos impone con igual fuerza, claro es, en todos los elementos del pasado que han de dirigir nuestra vida. Lo que los hombres pensaron o hicieron no puede sostenernos, ni tampoco guiarnos, con la misma seguridad que los designios y obras de Dios, patentes en la realidad e historia humanas. Ahora bien, la historia, entendida en otro sentido, no ya como sucesión de hechos, sino como estudio, ve, ante todo, el fluir de lo humano; y al buscarle interpretaciones, fácilmente descubre en ese fluir la verdad y el error, el bien y el mal. Pero, sin duda, el pasado, aun en su zona oscura y dañada, ha de ser luz y apoyo del presente. El pasado nos condiciona en no pequeña escala; nos empuja, sin que podamos impedirlo; no nos queda más recurso que apoyarnos en su fuerza, para llevar su corriente al verdadero cauce, si no preferimos dejarnos arrastrar. De ahí que el conocimiento de esa fuerza haya de guiar nuestra acción, y su impulso, servirnos de ayuda.

Más aún, sería erróneo, y en gran manera nocivo, creer que las ideas y hechos de los antiguos son, en relación con el presente, cual miembros ya inertes del devenir histórico. Por el contrario, también allí, en la lejana antigüedad, hay algo que es norma de nuestro pensar y de nuestra actividad libre. Baste advertir a ese respecto que los caracteres esenciales del hombre no pueden cambiar; lo que dio entonces aquellos frutos de verdad y de error, de bien y de mal, perdura y vive en nosotros; por eso, importa ver de qué modo debe encauzarse, habida cuenta de las nuevas situaciones. El pasado nos ofrece modelos y nos previene para no errar; y, a la vez, descubre qué fuerzas nos impulsan y de qué somos capaces. Así, todo en el pretérito humano tiene algún aspecto normativo, para ennoblecer nuestra vida y la de nuestros hermanos, los hombres.

Lo esbozado en estas líneas deja ya entrever que una Historia de la Educación, si está a la altura de su cometido, ha de ser de grande valor y actualidad. No me siento llamado a enjuiciar lo que ha sugerido estas reflexiones, compuesta por María Angeles GALINO¹; porque la formación que he podido adquirir en Historia de la Pedagogía se

¹ María Angeles GALINO, *Historia de la Educación. Edades Antiguas y Media*. Biblioteca Hispánica de la Filosofía. Editorial Gredos, Madrid, 1960, 596., 16 x 25.

la debo, como otros muchos, a las clases de la autora. En España, era ella, nuestra profesora, quien podía publicar un estudio de ese tipo. Solo nos corresponde admirar y agradecer; y en lo posible seguir el ejemplo.

La educación no puede apartar los ojos de la historia; hacerlo equivaldría casi a cerrarlos. Ciertos educadores —no los rutinarios, evidentemente— han de recordar a menudo que la osadía en no mirar al pasado dista no poco de la verdadera eficacia. Algo se ha dicho sobre eso en líneas anteriores. Mas notemos aún que la historia será particularmente educadora si, al acudir a ella, centramos la atención precisamente en lo educativo de las ideas y hechos que nos deja presenciar.

No es posible resumir aquí las enseñanzas que habrán de enriquecer a quien lea, con alma de educador, la obra de María Angeles GALINO. Tan solo cabe aludir a algunas, demasiado superficialmente.

El volumen que acaba de aparecer se refiere a las edades Antigua y Media.

China educó inspirando disciplina y medida; con ello buscaba poner al hombre en armonía con el orden cósmico, sin violencia, antes haciéndole amar esa armonía.

Japón es el país abierto a los influjos del exterior y animado siempre del afán de progreso, pero a la vez dominado por criterios de utilidad; así, su educación, rica en contenido, lo fue menos en eficacia formativa. La cultura hindú, en cambio, incurre en el vicio opuesto, ya que se evade del mundo material. El hindú no aprendía a resolver problemas, sino más bien a negarlos; su interioridad, aunque muy absorbente, careció de fuerza que la avivara, y por eso fue poco fecunda; incluso al esperar la «verdadera vida», la persona optaba, en realidad, por la supresión de sí misma. La inhibición ante lo problemático y difícil no hubiera podido llegar a mayores extremos.

Frente a la pasividad de los pueblos de la India, aparecen la sinceridad y energía de los antiguos persas. La educación persa daba a los jóvenes franqueza y valor; lejos de negar los obstáculos, enseñaba a vencerlos. Este sano realismo se acompañó de cierta estrechez de horizontes; mas, de otro lado, se trenzaba con una moral austera y noble.

También los egipcios fueron de mentalidad realista y concreta; hasta parece que todo en su vida, incluso la religión, se pone al servicio de fines pragmáticos. Pero, asimismo, junto al Nilo florecía

el amor a la infancia; lo cual, sin duda, contribuyó a afinar los sentimientos y elevar la cultura.

Homero, educador de Grecia, canta a los héroes; para él, el ideal supremo es alcanzar gloria imperecedera entre los hombres. Mas no deja de acordarse del cuidado y delicadeza con que se forma al héroe futuro.

En la historia de Esparta vemos cómo la igualdad, disciplina y dureza dan origen a un Estado poderoso... y cómo ese Estado se arruina por haber olvidado el respeto a las personas y el cultivo espiritual. Atenas, en otra dirección, nos muestra el valor educativo de un ideal de belleza armoniosa, en todos los aspectos de la actividad humana.

Para los sofistas la norma de todo son las opiniones y costumbres, tan múltiples y cambiantes. Pero la pedagogía de Sócrates siembra la inquietud en el alma de ese relativismo. La vida, enseñanzas y muerte del gran maestro van descubriendo la tierra firme, allende lo humano y temporal.

Platón se consagra a suscitar el amor de la suma belleza, que ha de elevar al hombre a la visión del bien supremo. Quisiera que en el Estado-ciudad ideado por él, todos realizaran juntos la ascensión, despersonalizados y fundidos; pero desconfía, y recomienda que, al menos, el individuo no cese de tender hacia aquella alta cumbre. Aristóteles, por su parte, nos enseña que educar es formar para vivir según la recta razón. Lograr ese fin significa afianzar las facultades superiores en hábitos de verdad y de bien. Y el filósofo no olvida la parte que ahí corresponde al sentimiento: parte insustituible.

La austeridad, la diligencia, la gravedad, el ingenio práctico fueron la riqueza moral de la antigua Roma. Los ojos del romano están aún demasiado fijos en su terruño, pero se alzan poco a poco a mirar al hombre, y a la vez descubren nuevos horizontes culturales. El concepto de *humanitas* llega en Cicerón a un elevado punto, en que los valores de la tradición se enlazan con los influjos de Grecia. Formar al joven es ya darle el dominio de su persona; un dominio que se manifieste en benignidad, comprensión, respeto de sí y de todos los hombres. Ese concepto de perfección humana se proyecta más en la acción que en lo especulativo; pero busca apoyarse ideológicamente, en las semejanzas que a todos nos unen.

El modo como en Roma se educaba a los futuros oradores, revela que se reconocía la función básica del contacto personal entre maestro y discípulo. Al exponer Quintiliano ese tema de la formación del

retórico, nos ofrece una visión profunda, aleccionadora y práctica del problema educativo. Recordemos de su tratado que el arte oratorio —y, con parecida razón, toda actividad profesional— ha de ser, en primer término, fruto del bien moral de la persona, el cual, a su vez, ha debido serlo de la educación.

Mas, en última instancia, el problema de la educación tenía que resolverlo Dios mismo. Y de hecho, en la palabra divina y en la pedagogía histórica de Dios, pretérita y actual, es donde podemos hallar la respuesta definitiva.

La Biblia nos sitúa ante el hecho de un Dios creador y del hombre culpable. La educación de Israel toma su dinamismo de la tensión entre los polos que forman esa doble realidad; y su fin es la fidelidad absoluta a (Yavé), de quien el hombre, como criatura, depende por entero. Dios es el primer educador de su pueblo; no sólo le enseña por medio de enviados, sino que también interviene por sí mismo, para conseguir de él aquella fidelidad. Y con igual propósito, los israelitas han de recordar a sus hijos el poder y bondad de esas intervenciones divinas.

Es Jesús quien da sentido profundo y verdadera eficacia a la pedagogía del Antiguo Testamento, porque la amistad entre los hombres y Dios sólo podía conseguirse por la fe en Cristo y el amor a El. Jesús no expone un mero sistema, sino que da testimonio de su propia divinidad; y pide como respuesta la adhesión incondicional. Por eso, su enseñanza tiene un carácter único; no se deja reducir a verdades que se coordinen y expliquen por sí mismas; antes bien, todo, en las palabras y en la vida del Maestro, es invitación y camino para avanzar hasta su divina Persona.

La educación dada por la Iglesia se centró, y ha venido centrándose, no en la verdad abstracta, sino en la realidad histórica y presente de Jesucristo, Hijo de Dios. Mas también —guardadas las proporciones debidas— la verdad abstracta es manifestación de Dios al hombre; y así, ya Clemente de Alejandría se esfuerza por incorporar al pensamiento cristiano la sana filosofía griega.

San Agustín descubre en el alma, y experimenta en la suya propia, la inquietud por la verdad y la felicidad. El hombre no debe rehuir esa inquietud, sino entrar en sí y aceptarla, porque le impulsa hacia Dios. Sólo Dios puede colmar las aspiraciones humanas; y, para que logremos alcanzarle, El mismo se llega a nosotros. Cristo

no está lejos del hombre, pues se hizo hombre; y nos lleva a Dios, porque es Dios. Su luz y su amor actúan en todas las almas. La misión del maestro humano es la de mostrar la presencia interior de Cristo y, de ese modo, hacer que el espíritu y el corazón busquen descansar en El.

El saber, en los primeros siglos de la Edad Media, tuvo una lenta y fecunda germinación. Las invasiones de los bárbaros casi parecen acabar con la cultura; pero ésta va renaciendo, purificada y cada vez más pujante, en el suelo bien preparado del Cristianismo. Entretanto, los musulmanes recogen y reelaboran, en relación con su credo religioso o al margen de él, un notable sector del pensamiento de Grecia.

Con Santo Tomás, la trabajosa pero segura ascensión llega a la cima. El príncipe de los teólogos brilla entre los profundos cultivadores de la razón humana; mas «su humanismo nace de la Encarnación del Verbo, por eso se consumó en la santidad y no en la concupiscencia». Como pensador y maestro, es de una claridad rigurosa y austera, que no tarda en cautivar. Junto a su doctrina, otras muchas dejan oír un sonido hueco y falso. Al fijarse en el discípulo, el santo ve en él la causa eficiente principal de la educación, subordinada tan solo a la Causa suprema. El saber y la virtud los tiene ya el educando, en forma de capacidad activa; y el maestro ha de poner su propia acción al servicio de esa capacidad, para contribuir a que se realice debidamente.

Al término del recorrido que acaba de hacerse, en el cual quizá los mejores paisajes han quedado ocultos a la mirada, permítase una advertencia, porque estas páginas de presentación pudieran inducir a engaño. La *Historia de la Educación*, de María Angeles GALINO, no es tan solo especulativa y erudita, sino que tiene finalidad orientadora; finalidad que estimula y guía la actividad concreta y cotidiana del educador. La erudición aparece en la extensa bibliografía de cada capítulo; pero lo que en ellos se elabora rebasa los límites de la teoría. El maestro que los lee y medita, toma conciencia de la obra de amor y esfuerzo en que su vocación lo tiene empeñado; ve que él mismo dirige la historia real; y cobra esperanza, porque aprende cómo dirigirla con eficacia y seguridad.